


El regalo
invisible

Era la mañana del 24 de diciembre y el bosque estaba cubierto por un brillo especial. Las hojas parecían espolvoreadas con azúcar y las luces navideñas colgaban de árbol en árbol como pequeños luceros danzantes. Willy caminaba emocionado entre las decoraciones mientras su corazón hacía pum pum pum de alegría.



Cuando llegó la noche,
toda la familia se reunió
alrededor del árbol.
Había cajas de todos los
tamaños: unas envueltas
en papel dorado, otras
con lazos rojos enormes,
y otras tan chiquitas que
parecían guardar un
secreto mágico.



—¡Ya casi es hora de abrirlos!
—decía uno de sus amigos,
saltando de emoción.

Finalmente, el papá
anunció:

—Es momento de
descubrir lo que la
Navidad nos ha
traído este año.

Willy tomó su regalo y rasgó el
papel con ilusión. Pero cuando
vio lo que había dentro, su
sonrisa se apagó lentamente.
No era el juguete que había
soñado por semanas, el que
había imaginado cada noche
antes de dormir.



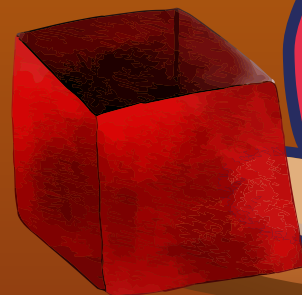
Sintió un nudo en la garganta.

Sus orejitas se bajaron un
poquito.

Sus ojos se aguaron.

—No era esto lo que quería...

—pensó, con una mezcla de
tristeza y frustración.



El papá, que siempre sabía
cuándo algo pasaba, se acercó
y se hizo a su lado.

—Willy, ¿qué sientes?
—preguntó suavemente.

—Estoy triste...
—susurró él, mirando
el suelo—. Todos
tienen lo que
querían... menos yo.



El le tomó la mano con cariño.

—A veces, en Navidad no recibimos lo que imaginamos, pero siempre recibimos lo que necesitamos.

Willy negó con la cabeza.

¿Sabes cuál es el regalo que nunca falta?



El papá sonrió y señaló
alrededor:
su familia riendo, sus
amigos compartiendo
galletas, el calor del
hogar, las luces
titilando como
estrellas.

—El regalo invisible,
Willy... el cariño, la
compañía, el estar
juntos. Ese regalo no
viene en cajas, pero
llena el corazón más
que cualquier juguete.



Willy se quedó en silencio,
respirando el olor a canela y
escuchando las risas
alrededor. Poco a poco, su
pecho se sintió más liviano.
Levantó la mirada, vio a sus
amigos llamándolo para
jugar y a su papá
esperando un abrazo.





Se levantó, abrazó fuerte
a papá y corrió a unirse
al juego.

Rió, compartió y disfrutó
su noche, descubriendo
que la magia de la
Navidad estaba en cada
abrazo, en cada sonrisa
y en cada momento
compartido.

Al final de la noche,
viendo las luces
parpadear, Willy
susurró:

—Creo que ya
entendí... hay regalos
que no se pueden
envolver.



Cardio Tip

En Navidad, los niños pueden experimentar emociones intensas como ilusión, frustración o tristeza, incluso cuando todo parece festivo. Validar lo que sienten, escucharlos sin juzgar y ayudarlos a ponerle nombre a sus emociones fortalece su seguridad emocional. Acompañarlos con presencia y palabras amorosas es uno de los regalos más valiosos para su desarrollo emocional y su bienestar a largo plazo.

